



Daniel Pérez Morales

Media hora de silencio

(ACER NIGRUM III)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n^o12—

MADRID • MMXVI

A Carmen, Manuela, Irene y Carmen.

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © DANIEL PÉREZ MORALES

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Cubierta © Absurda Fábula, sobre ilustraciones de Anna Ismagilova
Fotografía del autor en solapa © : Ana Pérez

Primera edición: Septiembre 2016
I.S.B.N: 978-84-945530-7-3
Depósito legal: M-31041-2016
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Y mientras abrió el séptimo sello, se hizo silencio
en el cielo como por media hora.*

APOCALIPSIS 8:1.

Ésta es una obra de ficción. Los personajes y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Viernes 24 de enero.

Día 59.

Otra mañana rara. Me despierto y no dejo de pensar en el momento en el que me crucé con él por primera vez. En ese instante, supe que me encontraba ante un ser humano distinto. Incluso después de las semanas transcurridas me sigue pareciendo un hombre extraordinario. Para lo bueno y para lo malo. Lo transmitía en cada palabra y en cada movimiento. También en su manera de escuchar, como si me conociera mejor que yo misma. Cuando me miraba, lo hacía como si fuera capaz de leer mi mente o de encontrarme el alma. A un hombre así es imposible ocultarle nada.

Todo lo que pretendí fue compartir su visión del mundo.

Junto a él, quise encontrar mi lugar en esta vida.

—Tú, Señor, nos has llamado a estar juntos en esta mesa y nos ofreces estos alimentos por los que te damos gracias —dijo Camille, con las manos entrelazadas y los ojos cerrados—. Te rogamos que esta comida fortalezca nuestro espíritu para servirte y que nos hagas partícipes de la mesa celestial. Que no les falte pan a quienes pasan hambre. Amén.

Camille impuso el hábito de la bendición antes de las comidas y las cenas cuando regresó a vivir con sus padres. Con además perezoso, Paul Diers cortó un pedazo de pan de centeno y se lo llevó a la boca. Audrey sirvió la ensalada de alubias. En el comedor, todavía se acumulaban las cajas sin desembalar de la mudanza. Hasta que tuvieran dinero para renovar la decoración, tendrían

que conformarse con el feo mobiliario del propietario anterior. Paul Diers arrancó el corcho de una botella de vino barato y lo vertió en un vaso hasta hacerlo rebosar.

—No te pases con la bebida, papá —dijo Camille.

—Cállate.

—Sabes que no te sienta bien.

—No tienes ni idea —protestó de un modo cortante, antes de cambiar de tema—. Hoy has acostado pronto al enano. Estaba mustio como una flor seca.

—Creo que ha cogido frío.

—Los inviernos son muy largos aquí. Es por la dichosa altura.

El cambio de aires no le sentó bien a Paul, hombre de costumbres. Se bebió el vaso de un trago y soltó un gruñido al recordar que no quedaban más botellas en casa. No necesitaba mucho alcohol para que la nariz y las mejillas se le enrojecieran y hablara en un tono más alto del habitual.

—¿Has buscado trabajo hoy? —preguntó.

—No hay nada, papá.

Él la miró con desaprobación, como si no se esmerara lo suficiente.

—Hay un letrero en la pastelería del pueblo. Necesitan personal. Deberías acercarte a preguntar.

—Yo no sé nada sobre pasteles.

—Es trabajo.

—¿Y quién va a ocuparse de Theo?

—Su abuela puede hacerlo. Lo primero que necesitamos es dinero.

Camille miró a su madre, que continuó cenando como si con ella no fuera la conversación. Theo era un niño muy bueno, pero Audrey sufría un dolor de riñones que le impedía aguantar su ritmo.

—No me gustan las alubias —dijo Paul, que miró a Audrey con desdén—. No sé por qué insistes en traerlas.

—¿Hubieras preferido espárragos?

—Ni hablar.

—Pues entonces, come. Son muy saludables.

Audrey alzó las cejas, en un gesto de hartazgo. Cómplice de su madre, Camille sonrió. Los hombres se vuelven huraños y plomizos al hacerse viejos, aunque, en realidad, su padre siempre fue así. Un hombre recto y duro que, si en algún momento amó de verdad a alguien, lo disimuló con maestría. Camille se preguntó en qué estaría pensando su madre cuando se casó con él.

—Repollo —dijo Paul Diers—. Para mañana quiero repollo.

—Tendré que bajar al pueblo a comprarlo —dijo Camille.

—Pues ahí están las llaves del coche.

El comedor era un pequeño espacio cuadrado revestido de madera, con el techo manchado de goteras y una ventana que asomaba al jardín descuidado. Una bombilla desnuda alumbraba la estancia, sumiendo la cena familiar en una escena melancólica y gris. Camille carraspeó antes de hablar.

—Me gustaría que el padre Corbeil almorzara con nosotros algún día —dijo.

—Ya sabes lo que opino de los curas. La Iglesia expolia a los pobres para dárselo a los ricos. Y luego están todos esos escándalos de los que no quiero ni hablar.

—Papá...

—Si eso no te sirve, mira cómo está la casa. Hecha un asco. No puede decirse que esté en condiciones de acoger invitados.

—Cada día eres más cascarrabias.

—Siempre lo ha sido —apuntó Audrey.

—No es cierto —se defendió Paul—. No soy un cascarrabias. Si no me creéis, preguntadle al enano.

Camille sonrió porque tenía razón. Theo era demasiado pequeño para darse cuenta de que era la única persona en el mundo capaz de insuflarle una chispa de entusiasmo al abuelo.

Los dos podrían pasarse el día entero jugando juntos en el jardín.

—El próximo invierno haré un enorme muñeco de nieve con él —anunció Paul.

—Me parece bien, pero respecto a Alain Corbeil... —dijo Camille.

—Invita al sacerdote —intercedió Audrey—. No hagas caso a tu padre. Si le hiciéramos caso en todo, acabaríamos tan amargadas como él.

Al concluir la cena, los padres se marcharon a dormir. Camille esperó a que la casa se sumiera en oscuridad y silencio antes de retomar el diario. Dejar sus pensamientos por escrito le ayudaba a poner en orden sus recuerdos más recientes. Confiaba en que el hábito le sirviera para no volver a cometer los mismos errores que provocaron el exilio forzoso de toda su familia.

Cuentan que la felicidad no existe, pero ella creía alcanzarla cada vez que se encontraba sola en el salón y confiaba en que nada malo le iba a ocurrir. Aunque su padre detestaba aquel viejo caserón de Labarde, para Camille se había convertido en un refugio, en una suerte de fortaleza infranqueable, a pesar de las goteras, el olor de las cañerías o el frío de las habitaciones.

Desde que se asentaron en el pueblo, su familia apenas se relacionó con el resto de los vecinos. A su padre nunca le interesaron las amistades. Pero Camille estaba segura de que Theo acabaría conociendo a los demás niños. Había encontrado unos columpios estupendos en la plaza para él, rodeados por una verja que impedía el paso de los perros. Allí lo llevaría en cuanto el tiempo mejorara.

Se arrellanó en el sofá y abrió el diario por una página en blanco. Reflexionó sobre la propuesta de empleo de su padre. No era una buena idea trabajar en una pastelería. No estoy lista para enfrentarme a eso, escribió. Seguro que no.

Porque aún no soy capaz de tomar las riendas de mi propia vida. Necesito aunar más fuerzas antes de asumir responsabilidades. Pasteles. Qué tontería. Albergó demasiadas dudas. Me aferro a mis creencias para no tener que pensar por mí misma. Intento convencerme de que todos cometemos errores. De que todos somos pecadores. El perdón implica asumir que ya no podemos cambiar nuestro pasado y que intentaremos ser mejores personas la próxima vez.

Estoy cansada de disimular. Lo hago por mis padres, por lo agradecida que estoy de que me hayan acogido. Son las mejores personas del mundo. Con todos los disgustos que les he dado... Pero no siempre me quedan fuerzas para ser la hija perfecta que ellos esperan. La madre perfecta que Theo merece.

Las pesadillas están tardando en desaparecer más de lo que esperaba. Soñé que me encontraban. Que me alcanzaban en mi huida y me daban una paliza. Sé que papá vio algo raro en el jardín. Lo ocultó para no preocuparme, pero mamá es incapaz de mantener la boca cerrada. Me alegro de que me lo haya contado. Es mejor estar alerta. Este destierro no acabará nunca y no podré bajar la guardia durante el resto de mi vida.

Si alguien leyera este diario algún día, me gustaría que pensara que yo no soy tan distinta a los demás. Lo que me ocurrió podría sucederle a cualquiera. Es la enseñanza más importante de todas las tonterías que he escrito aquí. Que solo quise ser una buena persona, aunque las decisiones que tomé no fueran las adecuadas.

Que Dios me perdone por eso.

Que Dios les perdone a ellos también.

—Recuerdo el rostro de un niño —dijo Noah.

Se frotó las manos porque hacía frío en el despacho. El reloj de pared señalaba las cuatro y diez de la tarde. Era la última consulta, después de que la doctora Nathalie Ramis hubiera atendido a unos cuantos pacientes con traumas o dificultades para controlar la ira.

—Nos encontrábamos en el bazar de Zurmat —prosiguió Noah—. Estaba lleno de críos por todas partes. En cuanto nos deteníamos, se acercaban hordas de pequeñajos que nos preguntaban: ¿cuál es tu nombre?, ¿cuál es tu nombre? Se aprendían frases de memoria en inglés, a ver si así conseguían sacarnos algunas monedas.

—¿Zurmat está en Afganistán? —preguntó la doctora.

—En la provincia de Paktia, sí. El chiquillo atendía un puesto ambulante de dátiles y frutos secos. No levantaba medio palmo del suelo. Los pillajes en el bazar eran habituales, pero el muchacho no parecía asustado. No sé cómo se las arreglaba para no dejar de sonreír en medio de aquel desastre. Nunca he conseguido entenderlo.

El trabajo de Nathalie Ramis consistía en escuchar a individuos que echaban pestes al otro lado del escritorio. Pero sentía cierta satisfacción al atender a Noah. Se había convertido en un hombre distinto al que conoció por primera vez, cuando el departamento de policía le obligó a la terapia. Noah había aprendido que la furia contra el resto del mundo, en realidad, es una consecuencia de la furia contra uno mismo.

—El niño debía de tener unos diez u once años —prosiguió Noah—. Era como si no encajara en aquel paisaje polvoriento. Tenía que haber estado en cualquier otro lugar, menos allí.

—¿Dónde?

—No lo sé.

La consulta estaba despejada de papeles. Sobre el escritorio de arce había un ordenador portátil en el que guardaba los expedientes

de cada paciente, alguna documentación técnica y la agenda de citas que actualizaba su secretaria. Aparte del diploma colgado en la pared, había una decena de libros de texto en la estantería. El único cambio que Noah había encontrado desde la última visita era la fotografía sobre la mesa de un niño pequeño con el pelo peinado a tazón. Era el vivo retrato de su madre.

—¿Te aburro? —preguntó Noah.

Ella meneó la cabeza, como si acabara de pronunciar unas palabras prohibidas.

—Está bien —continuó Noah—. En Zurmat no era extraño cruzarse con gente bilingüe. Quienes viven allí hablan el dari o el pashto. Los hay que se atreven con más dialectos. Pero este chico chapurreaba el inglés, el francés, el español y el árabe. Estaba aprendiendo alemán. Nunca me había cruzado con un crío tan listo. Era como una especie de milagro en aquel mercado repleto de suciedad.

Noah esperó la reacción de la doctora Ramis. No la encontró.

—Le compré unos dátiles —dijo—, aunque los detesto. Le pregunté cómo había aprendido tantos idiomas. Me mostró una pila de libros y diccionarios que otros soldados y periodistas extranjeros le habían regalado. Los guardaba en el interior del carro, como si fueran un tesoro. El chico tenía la ilusión de visitar algún día todos los países cuyos idiomas había aprendido. Imagino cómo un renacuajo como él fue capaz de conseguir algo así.

—Es una historia increíble.

—No me crees, ¿verdad?

—¿Llegaste a saber qué fue de aquel muchacho? —preguntó ella.

—No. Pero apuesto a que no logró completar ninguno de esos viajes que tanto anhelaba. Tal como fueron las cosas por allí, tendrá suerte de seguir con vida.

Noah miró a los ojos de la doctora. Le resultó imposible adivinar los pensamientos de aquella mujer tan agradable como fría.

—Cuando los soldados llegamos allí, pensamos que se trataba de un trabajo limpio. Que todo consistiría en acabar con los pocos insurgentes que sobrevivían a los bombardeos. Hasta que descubrimos que tendríamos que buscarlos casa por casa, cueva por cueva.

Era marzo de 2002 y parecía que la primavera nunca iba a llegar. Noah fue destinado a la base aérea de Bagram, a 30 kilómetros al norte de Kabul, el mayor aeropuerto militar del ejército soviético durante la ocupación. Desde allí se planificó la Operación Anaconda, la ofensiva de diecisiete días sobre las montañas del este.

—¿Perdiste a alguien cercano? —preguntó ella.

—Me dolió la pérdida de una novata a quien conocí en un LAV.

—¿Qué es un LAV?

—Un blindado ligero de fabricación canadiense. En Afganistán se desplegaron los de tercera generación. Ella acababa de incorporarse al Batallón de Infantería Ligera Princesa Patricia. En cuanto aterrizó, la enviaron con nosotros a desmontar un puesto de observación a las afueras de Dand, en Kandahar. Pasamos la tarde ordenando bengalas en cajas, quitando alambre de espino o quemando desechos de letrinas. Ella trabajaba en silencio, como si estuviera un poco impresionada. Es algo que suele ocurrir. A todos los nuevos les impacta el escenario de la guerra durante los primeros días. Cada uno lo asimila como puede. Ella se llamaba Jacqueline Despins.

Nathalie se mantuvo callada. Era el mejor truco que conocía para obligarlo a hablar.

—Nos subimos al LAV de regreso a la base —continuó Noah—. La muchacha también. Un cacharro de esos no es un transporte muy cómodo. Cuando se ocupan las siete plazas, es como

viajar en una lata de sardinas. Hablábamos de cosas de la tropa, pero la chica no abría la boca ni para respirar. La conversación y las risas se acabaron en cuanto alguien descubrió que tenía una serpiente entre las botas. Con lo apiñados que viajábamos, de repente, en el blindado, se hizo un hueco suficiente como para meter a otro batallón. Todos pasamos por encima de los asientos y nos aplastamos contra la puerta trasera.

Noah esbozó media sonrisa, como si echara un poco de menos aquella vida.

—Nunca he soportado las serpientes —dijo—. Les tengo auténtico pavor. La cabrona era una víbora de medio metro de largo, marrón, con bandas más oscuras. No tenía buena pinta. Resultó ser una *Eristicophis macmahoni*. Eso lo averiguamos después.

—¿Una qué?

—Un bicho con veneno y muy mala leche. Fuera había caído la noche y el convoy no podía detenerse para no convertirnos en un blanco fácil para los insurgentes. Estábamos asustados, sin saber qué hacer. Las serpientes son rápidas y cualquier intento de acercarse podía acabar mal. Cuando quisimos darnos cuenta, la cadete Despins se había armado con un extintor. Se encaramó a un asiento plegable, puso cara de asco y le acertó de lleno en la cabeza. No fue una imagen muy agradable pero, al menos, ahora podíamos viajar tranquilos.

Nathalie arrugó la nariz. No precisaba tantos detalles.

—Nunca hablé mucho con la cadete Despins —dijo Noah—. Pero, en cuanto llegamos a la base, le pregunté por qué reaccionó de ese modo. Ella estaba pálida como la leche. Ni siquiera se creía lo que había hecho. Tenía mucho miedo, me respondió.

Noah miró a los ojos de Nathalie.

—Es muy curioso, el miedo —dijo—, un sentimiento que puede resultar tan paralizante como letal.

Nathalie asintió. La observación le pareció acertada.

—¿Qué le ocurrió a la cadete? —preguntó.

—Poco antes del comienzo de la Operación Anaconda, la destinaron a otro campamento. Una tarde partió a bordo de un convoy en una misión de reconocimiento. Estalló un artefacto explosivo. Hubo varios heridos, pero lo que quedó de ella tuvieron que recogerlo en un radio de veinte metros.

—Dios mío...

—Sí, tuvo mala suerte, la chiquilla. La peor de todas.

—Puedes llorar, si lo necesitas —propuso la doctora.

—No lo necesito —dijo Noah, sin demasiada seguridad—. Me hubiera gustado conocer a sus padres para contarles que su hija demostró ser más valiente que todos los soldados del LAV.

Nathalie había asistido a otros veteranos con anterioridad. Se les presume cierta preparación para matar o morir, pero en las distancias cortas resultan más humanos que todo eso. Envejecen mal y muchos caen en adicciones como la cocaína, el juego o el alcohol. Aunque sus rostros están curtidos, las grietas de sus miradas denotan que se desmoronan por dentro.

—¿Crees que eso es lo que te empuja a beber? —preguntó Nathalie—. ¿Tu experiencia en la guerra?

—No lo sé. Pero últimamente las ganas me golpean con más fuerza de la que me considero capaz de soportar. Quiero evitar la recaída. Luego es más difícil salir del agujero.

—Está bien que intentes prevenir. Es bueno que te anticipes a tus debilidades.

Nathalie reconoció en Noah a un alumno aventajado. Incluso le había tomado cierto cariño. Noah contemplaba la calle a través de la ventana cuando sonó su teléfono móvil. Nathalie negó con la cabeza.

—Ya conoces las reglas. Nada de llamadas durante la consulta.

—Tengo que atenderla. Puede que se trate de trabajo.

—Las normas son las normas. Si no te gustan, puedes buscarte a otra terapeuta. Si tan importante es la llamada, podemos dejarlo aquí y continuar otro día.

—De acuerdo.

No descolgó a tiempo y el teléfono dejó de sonar. Pero Noah consideró que ya había aburrido lo suficiente a la doctora. Se levantó y cogió la cazadora de cuero del respaldo de la silla.

—Antes de que te marches... —le llamó la atención Nathalie.

—Dime...

—Nunca has mostrado síntomas de trastorno por estrés post-traumático. Los recuerdos de la guerra no te desequilibran —aseguró ella—. Si hay algo que te hizo daño, fue lo que ocurrió con Kyra y con ese compañero tuyo..., ¿cómo se llamaba?

—Vincent Kaprisky.

—Esa es la cuestión, Noah —sentenció Nathalie—. Dime una cosa..., ¿no tienes, a veces, la impresión de que no vives la vida que deberías? Como si la línea de tu tiempo se hubiera escindido en dos y te condujera hacia un destino distinto del que habrías querido.

—Sí, a veces, me siento así.

—Quieres regresar a esa otra vida anterior. Pero, al mismo tiempo que lo deseas, sabes que no será posible.

—Quizá tengas razón...

—Hasta que no te perdones, hasta que no ajustes cuentas con tu pasado, esa inquietud perdurará.

—No puedo cambiar lo ocurrido.

—Pero puedes pensar en lo que debes hacer para arreglar sus consecuencias. Intenta construir algo positivo a partir de esa tragedia. Procura no quedarte parado. Si tienes problemas, haz algo para solucionarlos. Nadie lo va a hacer por ti.

Noah se despidió de Nathalie con un gesto. Cerró la puerta tras él. Saludó a la antipática secretaria con un gruñido y bajó

las escaleras. Salió a la calle y echó la vista atrás, al edificio anodino. Se subió el cuello de la cazadora y comprobó quién había llamado.

Era Isabelle. Como imaginaba, por motivos de trabajo.

La casa se encontraba rodeada de álamos y tilos en un paraje de difícil acceso, a unos cien kilómetros al norte de Montreal. El edificio tenía aspecto de abandonado y el jardín estaba hecho un desastre. Entre la hierba cubierta de nieve había latas de refrescos aplastadas y cristales rotos. Junto al seto, se vislumbraba una porción de tierra oscura y removida que en otro tiempo fue un huerto.

Los agentes Isabelle Lemaire y Noah Page se bajaron del Chevrolet Impala y vieron los destellos azulados de los sedanes de la policía aparcados junto a las ambulancias. La cerca de hierro forjado de la propiedad chirrió como un lamento doloroso en memoria de quienes ya no estaban. Avanzaron por el escurridizo sendero de hojarasca y barro.

—¿Hablas tú o hablo yo? —preguntó Noah.

Noah no tenía don de gentes. Era mejor mantenerlo al margen cuando había que relacionarse con departamentos ajenos a la Policía Provincial. Noah acumulaba quejas de compañeros como quien colecciona botellas de cerveza.

—Déjame a mí —respondió Isabelle—. Al menos, hasta que nos hagamos una idea de lo que ha ocurrido aquí.

El terreno estaba cuajado de arbustos que se extendían ladera abajo como un manto marrón hacia el río. En el tendadero colgaban unas prendas de ropa, camisetas de algodón amarillentas y baberos de niño. La casa tenía porche y, desde el tejado de pizarra, se desparramaban unas telarañas del tamaño de unas cortinas. En los muros había señales de barniz de arreglos recientes.

Noah reparó en un par de conductores de ambulancia y en los patrulleros.

—¿Te has fijado en la cara que tienen todos? —dijo.

El ambiente era más lúgubre que en una escena habitual. Isabelle se abrochó el abrigo y siguió caminando. Dos polis de la comisaría de Labarde montaban guardia con los culos congelados sobre el capó de un coche. Se pusieron firmes como cirios en cuanto Isabelle hizo acto de presencia. Mascullaron algo cuando pasó de largo. Ya estaba acostumbrada a no ser siempre bien recibida por los patrulleros locales.

Los recibió el comisario Georges Chamborant, un tipo de mediana edad que se protegía de la lluvia bajo un paraguas. Puso mala cara al evaluar el aspecto de Noah. No parecía un oficial decente, con la barba descuidada, una larga trenza que le recorría la espalda y cubierto por una desgastada cazadora de cuero más propia de un matón. Formaba una pareja extraña con su compañera. Ella era menuda, de apariencia frágil y mirada inteligente. Por lo menos, la mujer vestía con el debido decoro, aunque iba a echar a perder las botas al pisar el barro.

—Sus jefes deben de estar impactados —saludó Chamborant.

—¿Por qué? —preguntó Isabelle.

—Está claro que han enviado toda su artillería.

El comisario estaba a cargo de la seguridad de una decena de municipios desperdigados por las faldas de las montañas Laurentinas. De todos ellos, Labarde era el más tranquilo, una apacible localidad bordeada por un río que discurría entre arboledas y casitas de madera. Dispersa y poco poblada, la mitad de sus residencias eran vacacionales y el número de habitantes aumentaba durante los meses de verano. Por su proximidad a la cordillera, los inviernos eran fríos y duros, se alcanzaban mínimas de hasta veinticinco grados bajo cero, que solo los residentes de toda la vida estaban dispuestos a soportar.

—Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo —dijo Chamborant.

—Nietzsche —adivinó Isabelle.

—A veces me refugio en la filosofía. Me ayuda a asimilar según qué cosas. Recibimos la llamada en la central a la una y veinte de la tarde. El oficial de guardia que la atendió casi no dio crédito. Nadie recuerda cuándo ocurrió el último asesinato en esta región. Pero la llamada la hizo el párroco local, así que enseguida supo que la cosa iba en serio. Es increíble. Una familia entera. No habían hecho mal a nadie.

La población de Labarde es de origen muy variado. Los primeros colonos fueron irlandeses, pero, con el apogeo de pequeñas industrias y comercios durante el siglo XIX, el pueblo fue tomado por los francófonos. A raíz de la Revolución de Octubre de 1917, numerosos nobles rusos y ucranianos que huyeron del régimen comunista se establecieron en las faldas de las montañas. Labarde conoció tiempos más prósperos. Casi todos los jóvenes del municipio emigraban en cuanto podían a la gran ciudad. Por eso extrañó la llegada de una nueva familia, los Diers, a quienes el resto de los vecinos recibió con cierta tibieza.

—Vinieron de Fleurbaix hace unos dos meses —explicó Chamborant, sin dejar de frotarse los nudillos—. Los Diers no tenían mucha relación con el resto de la comunidad. Yo tampoco sabía mucho de ellos. Creo que solo hablaban con el párroco, que entabló cierta amistad con Camille Diers. Se encuentra en estado de shock. Estuvo un rato en comisaría, pero enseguida lo enviamos a su casa porque el pobre hombre necesitaba un respiro.

—¿Cómo lo descubrió? —preguntó Isabelle.

—Lo invitaron a comer, pero nadie abrió la puerta. El sacerdote se asomó a la ventana y alcanzó a ver las piernas de una de las víctimas. Resultaron ser las de Paul Diers, el cadáver que hemos encontrado en la planta baja.

Isabelle miró hacia la casa. Un policía de uniforme tomaba fotografías de todo el edificio con el teléfono móvil.

—Me gustaría hablar con el párroco en cuanto se recupere de la impresión —dijo ella—. Establezcan un cordón que impida el acceso a este recinto durante los próximos días. Mantengan a raya a la población hasta que procesemos la escena. También emitiremos una solicitud formal para que nos hagan llegar todos sus partes de incidencias durante los últimos meses de servicio.

—¿Qué pretenden encontrar en nuestros partes? —preguntó Chamborant.

—Cualquier anomalía en los sucesos recientes que nos pueda aportar alguna pista.

—Si lo que quiere es indagar en alguna discusión entre vecinos, olvídalo.

—¿Por qué?

—Porque conozco de memoria los incidentes de mi jurisdicción y aquí nunca ocurre nada. Es imposible que esto sea obra de algún residente local. Si esta familia tuvo algún problema, no fue con nadie de por aquí. Paul y su familia no tenían enemigos en el pueblo.

—¿Qué sugiere, entonces?

—Busquen en Fleurbaix. De allí es de donde vinieron. Los Diers no llevaban mucho tiempo en la comunidad. Puede que no fueran muy sociables, pero tampoco se les conocía ninguna enemistad. Más bien diría que era una familia un tanto huraña a quien nadie le hacía el menor caso.

—¿Y qué hay de los visitantes forasteros? —preguntó Noah.

—No viene casi nadie antes de junio —explicó Chamborant—. Se supone que los alrededores de Labarde son bonitos. Hay lagos y cascadas, pero, antes de la primavera, están demasiado inaccesibles por carretera como para atraer a excursionistas. Ni siquiera se abre el puesto de alquiler de canoas por falta de

demanda. Tiene que haber un buen motivo para que alguien se asome por aquí.

Chamborant miró a los agentes de la Policía Provincial como si no supieran ni anudarse los cordones de los zapatos. Ese era el problema de los policías de ciudad, demasiada burocracia y muy poquito pisar la calle. Así se explicaba tanta inutilidad. Como decidido a rescatarlos, salió al paso de los recién llegados el investigador de la Policía Provincial, Xavier Derome, que llevaba un rato allí.

—Isabelle y Noah... Noah e Isabelle... Siempre juntos a todas partes. Y luego dicen que no existe el amor eterno.

El obeso policía tenía el cuello irritado de rascárselo compulsivamente. Llevaba una gabardina y un traje marrón, y las gafas se le habían llenado de motitas de agua. Noah no sentía la menor simpatía por Derome, pero se suponía que aguantar a trepas estaba incluido en el sueldo. Alrededor de las muñecas de Derome se distinguían las marcas que le habían dejado las gomas de los guantes desechables. Estas rojeces querían decir que sus manazas lo habían toqueteado todo. El aroma de su empalagoso perfume se mezclaba con el olor a tierra húmeda.

—En cuanto te alejas un poco de la casa, no se ve una mierda —dijo Derome—. No era necesario que vinierais. Lo tengo todo bajo control.

—Si no te gusta vernos por aquí, habla con Bergen —repuso Noah—. Es ella quien nos ha enviado. A nosotros nos da igual coger un caso que otro.

—Está bien —prosiguió Derome, que no quería enzarzarse en una discusión estéril—. Tenemos un cuerpo en la planta baja y tres en la primera. Llevará tiempo poner un poco de orden en todo esto. Bruant y Ferrer están trabajando en la escena, pero tengo la impresión de que habrá que desplegar al laboratorio entero.

Bruant era el negro de dos metros de altura y ancho de espaldas con aspecto de jugar en los Lakers. El perito se quitó la capucha del traje desechable y se colgó la mascarilla del cuello. Saludó con media sonrisa a Isabelle al unirse a ellos.

—En cuanto vi la pinta que tenía esto, supe que os caería a vosotros —dijo Bruant.

—¿Tan malo es? —preguntó Isabelle.

—Malo, no. Es peor. Hay días que pienso que debería haberme hecho arquitecto, como pretendía mi madre. Supongo que querréis echar un vistazo.

—Si es posible... —convino Isabelle.

—Por ser tú, Isa. Por ser tú.

Isabelle y Noah ascendieron las escaleras del porche y entraron en la casa. Se vieron en mitad de una sala de estar con suelo de parqué, un sofá, y un mueble con estanterías repletas de libros viejos y el retrato de una mujer joven. En el suelo yacía el cadáver de Paul Diers, de sesenta y cuatro años. En una esquina del cuarto, un técnico cubría con polvo la superficie de una mesa en busca de huellas.

—Todos los cuerpos llevan ropa de dormir —explicó Bruant—. Suponemos que murieron durante la pasada noche. Las dos víctimas más mayores, Paul Diers y Audrey, a causa de disparos con arma de fuego. Para las otras dos, será más difícil establecer la causa de la muerte. No podremos saberlo hasta que se practique la autopsia. Y puede que no sea suficiente.

Isabelle Lemaire se puso los guantes y se acuclilló en el suelo. Observó detenidamente el cráneo del muerto, el pequeño agujero ovalado que presentaba en la frente. Había también orificio de salida.

—¿La bala? —preguntó Isabelle.

—Se incrustó en la pared —respondió Bruant—. Calibre veintidós.

El muerto estaba tirado de espaldas, con los brazos parcialmente extendidos. Bajo los párpados entrecerrados le asomaban los ojos azul claro. Aunque Isabelle parecía tranquila, su mente ya intentaba hacerse una idea de lo que había ocurrido. Un único disparo que acertó de lleno en el objetivo, casi a quemarropa. Sin heridas defensivas en las palmas de las manos, un tipo de lesiones a consecuencia del miedo y la desesperación, como si una persona pudiera detener las balas. La puerta de entrada no había sido forzada. Paul Diers no esperaba el ataque o conocía a su asesino. Apostada junto al cadáver, vio que el comisario Chamborant se quedaba a la entrada de la habitación.

—¿A qué se dedicaba? —le preguntó.

—Estaba desempleado —respondió Chamborant—. Pero tengo entendido que trabajó en la carretera. Viajaba en una furgoneta y recogía la basura de los arcenes.

Isabelle le hizo una seña a Noah y ascendieron a la planta superior, acompañados de Bruant. La puerta del dormitorio de matrimonio estaba abierta. Era una estancia tan sencilla como el resto. Al verlos llegar, salió un hombre con una cámara fotográfica colgada del cuello. El cuerpo de una mujer mayor estaba tirado sobre el colchón. Llevaba puesto un camisón con bordados de flores y había recibido disparos en el pecho.

—El ataque la sorprendió mientras dormía —observó Isabelle.

—Audrey Guimard —dijo Bruant—. Sesenta y un años. Ama de casa.

Bruant puso los brazos en jarras. Su gesto se tornó grave.

—Esto era lo malo. Tenéis que ver lo peor.

El dormitorio del niño se encontraba al final del pasillo. La familia no tenía mucho dinero, pero intentó proporcionarle al rey de la casa una habitación con todas las comodidades. El cuarto infantil era abuhardillado y en él se percibía un esfuerzo decorativo

mayor que en el resto de la vivienda. Las paredes estaban pintadas de color azul pastel y, sobre ellas, resaltaban unos soles y estrellas de color amarillo. Aquella era la única estancia que presentaba signos de lucha. En el suelo había huellas de sangre, probablemente de una bota de montaña grande. El estor que cubría la ventana había sido arrancado y había juguetes desordenados sobre la moqueta, como el trencito de madera que rozaba los pies descalzos del cuerpo de Camille Diers. Su cadáver estaba dispuesto sobre una silla, con las manos atadas a la espalda. Tenía el pelo enmarañado y apelmazado, y su boca adoptaba una expresión extraña. El rostro, con la nariz fracturada, estaba recubierto de sangre.

—Es la hija de las otras víctimas —aclaró Bruant—. Tenía veintinueve años.

Pero lo que impactó a Isabelle fue la teatral disposición de la escena. La silla había sido colocada para que Camille contemplara en primera fila lo que le hicieron a su hijo.

—¿Cómo se llamaba el niño? —preguntó Isabelle, que intentó que no se le resintiera la voz.

—Theo.

—Era muy pequeño.

—Dos años.

—Dos años... —musitó Isabelle—. Pobre criatura.

El cuerpo mutilado del niño había sido arrojado sobre la cama. Le faltaba un pedazo de cráneo y en el pijama se extendía una mancha oscura a la altura del pecho.

—¿Dónde está la mano derecha? —preguntó Isabelle.

—La hemos encontrado debajo de la cama, junto a la mesilla —respondió Bruant.

—Joder —dijo Noah.

Isabelle se rascó la cabeza, nerviosa. No siempre resulta sencillo despegarse emocionalmente. Había sentido un enorme vacío

al contemplar la escena, como si la humanidad entera estuviese condenada por haber permitido tal atrocidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Noah.

—Sí, estoy bien —respondió Isabelle.

Ella examinó el dormitorio. Desde las estanterías le miraban los ojos muertos y fríos de los peluches, expuestos como si formaran parte de un desigual y colorido ejército, el perrito con la lengua fuera, el cerdito disfrazado de bombero o el ratoncito con su pedazo de queso. Todos ellos contemplaron el infierno desatado entre aquellas paredes, pero ninguno iba a contarles lo ocurrido.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó Noah.

—Un escenario desorganizado —respondió Isabelle—. Sin planificación o control por parte del agresor. La masacre de la familia se improvisó sobre la marcha.

—¿También lo que ocurrió en esta habitación?

—Creo que sí.

Noah examinó lo que quedaba de Camille. Rubia, con el cabello ondulado, rellenita. Una mujer atractiva.

—¿Un crimen pasional o sexual? —propuso.

—Podría ser —se aventuró Isabelle—. Los sádicos sexuales demuestran interés particular por víctimas específicas. Y Camille ha muerto de un modo diferente a sus padres. Pero no la ataron a la silla en respuesta a una pulsión erótica. La inmovilizaron para obligarla a contemplar cómo torturaban a su hijo.

Abandonaron la casa. Ahora llovía con más fuerza y hacía el frío propio de las montañas cuando se pone el sol. Chamborant se había alejado hasta la cerca de la propiedad para fumar un cigarrillo bajo el paraguas. Conversaba con Derome cuando Isabelle y Noah se reunieron con ellos.

—Menuda excursión —comentó Chamborant, con cara de funeral.

—¿Sabe si Camille Diers tenía pareja? —preguntó Isabelle.

—Como le he dicho, los miembros de esta familia eran unos perfectos desconocidos.

—¿Y el padre de su hijo? ¿Tampoco sabe quién es?

—No. Ni idea. ¿Por qué?

—Lo que ha ocurrido en el interior de esa casa es demasiado cruel como para que las víctimas hayan sido escogidas al azar —apuntó Isabelle—. Camille Diers fue tratada de un modo particular. Tengo la impresión de que alguien pretendió impartirle una sangrienta lección con todo esto. Creo que ella fue el verdadero objetivo del allanamiento y el ataque.

—¿Una venganza?

Isabelle miró a Noah, como si algo la hubiera asustado.

—Quizá algo peor —dijo.

El escenario del crimen se despejó cuando varios agentes concluyeron el turno. El hecho de que estuviera alejado del pueblo evitó que los mirones se hicieran *selfies* junto a la casa maldita. El único reportero presente era el del periódico local de Labarde, quien se comprometió con el comisario Chamborant a no publicar nada sin su permiso. Desde el jardín, Isabelle observó la fachada de la casa, alumbrada con un potente foco de luz blanca.

—Si no conocían a nadie ni tenían familia, ¿quién se ocupará de identificar los cuerpos? —preguntó Isabelle.

—Imagino que el padre Corbeil cuando esté más entero —respondió Chamborant—. Usted es la experta. ¿Qué le parece? ¿Un robo que salió mal?

Cualquiera que conociera a Isabelle sabía que ya había imaginado varias hipótesis. Descartó el robo.

—Parece que ahí dentro no había objetos de valor.

—Eso pudo enrabiatar a los asaltantes —propuso Dero-
me—. Y lo pagaron con la familia.